

## **BLOQUE II. EL ROMANTICISMO TARDÍO 1850-1900.**

### **ARQUITECTURA. EL HISTORICISMO: NEOGÓTICO Y NEOMUDÉJAR.**

La historia de la arquitectura del XIX se mueve entre dos posiciones encontradas, entre dos opciones teóricas más que dos modelos estilísticos. La primera, anclada en el pasado, intenta dar continuidad a los modelos vigentes desde el siglo XVI y podría denominarse genéricamente *clasicista*. La segunda plantea la renovación y/o la sustitución de dicho modelo apostando no sólo por la incorporación de los nuevos materiales –el hierro en este siglo- sino sobre todo por la identificación entre construcción (estructura) y arquitectura (composición y cierre externo).

Ambas concepciones arquitectónicas no son más que el reflejo de la sociedad que las produce: un modelo de sociedad burguesa que pugna y logra consolidarse como modelo alternativo al Antiguo Régimen, pero donde igualmente se consolida la Revolución Industrial y la lucha de clases. El modelo tradicional es sostenido desde las instancias oficiales (Academias y Escuelas de Bellas Artes), y se caracteriza por la concepción compositiva clasicista, es decir, el dominio de valores como la simetría, la jerarquía, el orden o la unidad, con independencia del ropaje decorativo, pero además por la sobrevaloración de la finalidad estética de la arquitectura frente a la funcionalidad. La otra vertiente acogerá a todas aquellas propuestas que se oponen a los presupuestos anteriores, lo que implica la apropiación de los nuevos materiales, la superación del problema del estilo y la concepción racionalista de la arquitectura, tanto en la ejecución de la planta como en la lógica del alzado (el muro no es sólo un soporte para la expresión ornamental que oculta el armazón estructural, sino que es el armazón mismo).

A lo largo del siglo XIX la primera concepción fue hegemónica, interferida de forma intermitente por la segunda, pero su inevitable derrota llegaría en las primeras décadas del XX al imponerse el racionalismo.

### **LOS HISTORICISMOS NEOMEDIEVALES: NEOGÓTICO Y NEOMUDÉJAR**

Así como el imperio napoleónico había convertido el clasicismo en su modelo representativo, el Romanticismo lo cambiará por el Gótico, ya que si el primero buscaba un ejemplo moral en la Antigüedad, el segundo veía encarnados sus principios en la Edad Media. En este sentido, el Gótico –que hasta ese momento había tenido una consideración extremadamente negativa al ser juzgado por los parámetros clasicistas- se carga de valores ideológicos, morales, sentimentales y políticos, y la arquitectura neogótica se impone en buena parte del continente reflejando, eso sí, tres discursos diferentes: el más potente, el discurso religioso en Inglaterra, también el nacionalista en Alemania y, por último, el tecnológico en Francia.

El contexto sociopolítico **inglés** propiciará desde finales de la segunda década del XIX el auge del Gótico, coincidiendo con la difusión de un discurso religioso que lo convertirá en modelo arquitectónico indiscutible. La concentración obrera en las ciudades industriales, con su potencial revolucionario, generaba una preocupación en la burguesía que encontró la complicidad de la iglesia anglicana para lanzar una campaña de recristianización de la sociedad. Apoyados por movimientos ultraconservadores, plantean un retorno al primitivo cristianismo y la arquitectura gótica se convierte para ellos en el paradigma del edificio religioso donde el culto primitivo recuperado hallará su espacio de representación idóneo. Será en este contexto donde aparezca la figura de Augustus W.N. Pugin, arquitecto y teórico del neogoticismo inglés, quien irá mucho más allá de la mera defensa de un estilo y, rechazando el clasicismo por pagano, se situará en una posición de rechazo a la sociedad de su tiempo y defensa de un modelo imposible. Pero estos planteamientos fueron recogidos por la Iglesia anglicana que pretendió y en buena medida logró un auténtico control del neogótico. Propusieron esta arquitectura como modelo, imitaron el diseño de todos los elementos de la misma, incluido el mobiliario, restringieron el uso de ciertos materiales, por ejemplo el hierro que sólo se aceptaba en pequeñas dosis y preferiblemente oculto, y lo difundieron al mundo angloparlante.

Pugin inició su labor como arquitecto con un edificio emblemático, el Parlamento londinense, realizado en colaboración con Charles Barry. Aunque en su planta aflora el clasicismo,

así como en el alzado de la parte que mira al río, con sus valores de regularidad, simetría y redundancia, Pugin diseñó una ornamentación goticista flamígera así como numerosas torres de formas y alturas diversas que ofrecen un contrapunto a la horizontalidad y generan esa imagen claramente neogótica.

En las iglesias que proyectó intentaría elaborar edificios inspirados en el Gótico histórico, concebidos como totalidad, es decir como una unidad formada por arquitectura más decoración escultórica y pictórica. Sólo lo logró en algunos, como la Iglesia de St. Giles en Cheadle.

A Pugin le sucedería en la defensa teórica del Gótico John Ruskin (1819-1900) quien mantiene la idea de que arquitectura gótica, sociedad y religión forman un todo cohesionado.

En Norteamérica, dominada por el clasicismo, la llegada de los textos de Ruskin hará que tanto la iglesia anglicana como la católica asuman el neogótico y potencien su aplicación en templos y edificios escolares. El ejemplo más conocido es el de la catedral de San Patricio en Nueva York inspirada en los modelos catedralicios europeos.

En **Alemania**, uno de los ingredientes fundamentales del Romanticismo será el nacionalismo, y su concepción de la nación como una construcción natural por la que el pueblo se expresa como unidad a lo largo de la historia los lleva a convertir la Edad Media en el período donde mejor puede apreciarse el "espíritu del pueblo" y a la catedral en perfecta representación simbólica del mismo. En este ambiente, la catedral de Colonia, cuya construcción había quedado inconclusa en el siglo XIV, se convertirá en el gran símbolo de la nación y la tarea de su finalización en la gran empresa nacional. Este carácter simbólico se evidencia en el respaldo social al mismo: implicación económica del estado prusiano, creación de asociaciones patrióticas de financiación, etc. Además de esta obra, a imagen y semejanza de modelos alemanes y franceses del siglo XIV se levantarán en la segunda mitad del siglo XIX numerosas iglesias en toda Centroeuropa.

En **Francia**, por el contrario, la lectura que Viollet-le-Duc y otros hacen del Gótico –a partir de numerosos estudios y trabajos de restauración- es estrictamente técnica, al margen de valores espirituales, y lo convierten en un modelo de arquitectura ideal e idóneo para la construcción contemporánea. Creen que la aplicación del sistema gótico a la nueva arquitectura resolvería la crisis que atravesaba esta disciplina en su época. Satisfacía los problemas constructivos y además permitía el uso de los nuevos materiales, el hierro en especial. Para Viollet el problema de la arquitectura no residía en el estilo, como pensaban los academicistas, sino en la renovación de las formas constructivas, en su racionalización, en la incorporación de las nuevas tecnologías, poniendo las bases de este modo para la conciliación de la arquitectura y la tecnología, algo que tardaría aún en producirse.

La preponderancia del neogótico entre los historicismos medievales fue general. Sin embargo, en determinados lugares ese protagonismo fue ejercido por el neorrománico (Italia y Cataluña especialmente) o por variantes locales como por ejemplo en neomanuelino en Portugal. Además, la arquitectura decimonónica mostró interés por los estilos medievales no cristianos, en especial por aquellos que pueden incluirse bajo el término de islámicos. Desde un punto de vista arquitectónico fueron estilos marginales, ya que sólo se aplicaron a tipologías muy específicas, como las relacionadas con el ocio y, sobre todo, con los espacios privados. Aquí se inscribiría el neomudéjar cuyas principales características exteriores son el uso del ladrillo rojo, arcos de herradura y polilobulados, azulejos y paños de sebka. Las características interiores son las yeserías, las columnillas de yeso que acaban cabalgadas por un arco polilobulado y las cenefas con motivos vegetales. Un buen ejemplo de esta arquitectura es el Gran Teatro Falla de Cádiz. El principal arquitecto de este estilo fue Aníbal González.